

LAS GEMAS DE GODOFREDO DE BOULLION

Vicente Javier Más Torrecillas



CAPÍTULO I. La excursión

El sol brillaba esa mañana con más intensidad que de costumbre. Marta, de ojos pequeños, casi tan brillantes como sus dientes, apenas acertaba a mirar a través de la ventana del autobús, deslumbrada por los rayos que caían desde el Este.

Junto a ella estaba sentada María, avispada como pocas, a quien conocía desde que comenzaron primaria.

A las ocho de la mañana había comenzado la excursión del cole al Castillo de Peñíscola y para almorzar ya habían llegado a su destino.

Las profesoras tuvieron que poner orden en el grupo mientras los monitores esperaban para conducir a los niños hasta lo alto de la fortaleza.

- A ver, por favor, chicos, situaros junto a la primera columna y escuchad al monitor. ¡He dicho que atendáis! —tuvo que advertir la profesora con voz seria.— De todo lo que oigáis aquí, el lunes os haremos preguntas. Recordad: Templarios y Castillo de Peñíscola. Así que, al tanto de lo que os cuentan estos guías.

Los niños se distribuyeron por grupos. María, Marta, Fran, Alejandro y Sandra, se quedaron rezagados, cerca de la escalera de acceso a las murallas, con la clara intención de investigar por su cuenta cuantas cosas estuvieran al alcance de una mirada.

- Fijaos en ese muro. Aunque nos pusiéramos uno encima de otro, no alcanzaríamos a tocar el final —indicó Alejandro.
- Calla, tonto, que no escuchamos al monitor. Recuerda que la Señorita ha dicho que habrá examen el lunes —le interrumpió María con tono imperativo.
- Lo importante de este castillo es que entre sus muros vivió el Papa Luna. —El guía se quedó callado unos segundos. —Eso y que fue construido por los caballeros Templarios.

Mientras los alumnos escuchaban aquellas historias contadas por el joven, María percibió un ruido que provenía de la puerta situada junto a la muralla, a su espalda. Giró con ligereza el cuerpo y pudo ver algo que se movía en el interior.

- Esos niños del fondo, ¿podéis prestar un poco de atención? —El guía levantó la voz para que se oyeran bien sus palabras.

María y sus amigos se dieron por aludidos y volvieron a la explicación del joven. Al terminar la charla, fueron conducidos hasta la plaza de Les Caseres, donde se encontraba el Baluarte de Santa María.

- Venid. Vamos, seguidme. Dentro de un momento subiremos por esta calle hasta llegar al final, donde está el Castillo del Papa Luna. Esta fortaleza la construyeron los Templarios y fue la última gran obra que llevaron a cabo. Albergó una enorme biblioteca con los libros del pontífice. Y se dice que debajo, en la roca, existen multitud de pasillos y grutas entre las que está escondido el tesoro de Benedicto XIII.
- ¿Cómo murió el papa? ¿Le dio tiempo a esconder ese tesoro? — indicó uno de los niños.
- Benedicto XIII murió envenenado por Martín V, que fue el otro papa, el que vivía en Roma. Los dos eran enemigos y Martín quería que Benedicto abdicase para ser el único papa de la cristiandad. Pero nuestro protagonista nunca se dejó vencer. Hasta que lograron envenenarle. La primera vez se salvó gracias a unas yerbas que se llaman Tisana. Pero años más tarde no pudieron hacer nada. Tened en cuenta que tenía 96 años cuando murió. Y fueron sus amigos quienes escondieron el tesoro. De él, la pieza que más amaba era la Tiara de San Silvestre, una reliquia que conservaban los papas desde el siglo IV.
- Y, ¿dónde está esa Tiara?
- Pues nadie lo sabe. Desapareció después de que Martín la robase y la depositara en Roma. Así que, ya sabéis, estad atentos por si alguno la descubre durante la visita.

Mientras el guía continuaba con la explicación, María se separó unos metros del grupo al oír, de nuevo, ruidos y voces detrás de la puerta, junto al Baluarte. Se acercó más y, de repente, vio una piedra brillante y algo transparente lanzada al suelo con desprecio. Cuando uno de los hombres se agachó para recogerla, María corrió de nuevo hacia el resto del grupo.

- El Papa Luna comenzó su mandato en Aviñón. Allí fueron a parar los pontífices, que abandonaron Roma debido a la gran cantidad de robos y asesinatos que había por las calles. Pero con el tiempo, el rey de Francia atacó a los papas de Aviñón y Benedicto XIII tuvo que huir. ¿Sabéis cómo lo hizo? Pues disfrazado de monje y escapando a través de un agujero en la muralla. Después, cogió un barco y se vino a Peñíscola.

- ¿Ya estaba acabado el castillo cuando llegó? —preguntó un alumno
- Así es. En este castillo, que fue concluido en 1304, pero antes de que él viniera se produjo una de las últimas y más sangrientas batallas de los caballeros Templarios.

El guía dejó de hablar e introdujo en su bolsillo la tarjeta amarilla que llevaba colgada al cuello. Después, hizo un gesto a la profesora y se dirigió hacia ella.

- Niños, niños. Escuchad —indicó la maestra tras concluir el guía sus explicaciones.— Ahora vamos a descansar 20 minutos para almorzar. Después, subiremos al castillo y continuaremos con nuestra excursión. Allí podréis haceros fotos y llamar a vuestros padres. Ahora, no os separéis y manteneos dentro de esta plaza. Si queréis cualquier otra cosa, preguntádnoslo.

Los alumnos estaban cansados y con ganas de comer su bocadillo. María y Marta se pusieron a hacer indicaciones a sus amigos, pero fue Sandra quien se fijó en la sombra bastante amplia que había junto a la puerta del Baluarte. Sin pensarlo dos veces, volvieron hacia ella.

- Aquí estaremos más cómodos. Nos sentamos y así no pasaremos calor.
- Bueno, pero no perdamos de vista a los demás, que la señorita nos ha dado sólo 20 minutos de almuerzo —indicó Alejandro, el más temeroso de los cinco.
- Tranquilo, tranquilo —respondió Fran.— Ya iremos a investigar solos cuando llegemos al castillo. Ahora, a comer el bocata.
- Por cierto, yo he traído cacaos con piel. —Marta abrió el paquete y ofreció a sus amigos.— Esperad, usemos esta bolsa para tirar las cáscaras y así no se ensucia nada.

Mientras estaban comiendo, María se recostó hacia atrás y, al apoyar la mano en el suelo, junto a la puerta, tropezó con una piedra. Acercó su mano derecha para quitar el polvo que tenía sobre ella y, al momento, sorprendida, llamó a sus amigos.

- Mirad, chicos, mirad. Venid a ver ésta piedra. Vamos mirad.
- Ohhh, que bonita. —indicó Sandra.— Es una pasada, ¿verdad Alejandro?

— Sí, sí. Me encanta su color verde.

— Cógela, deprisa. Así se la enseñamos a las maestras —apuntó Marta.

María la colocó entre sus manos, a la vista de todos. Era verde oscuro, intenso, con forma hexagonal. Parecía que había sido tallada con sumo cuidado y se mantenía como el primer día.

Los cinco se quedaron abobados. Sus ojos estaban clavados en la piedra tallada. En ese momento, el pie derecho de Sandra resbaló con ligereza y perdió el equilibrio. Al caer hacia un lado, un pequeño rayo de sol se abrió paso entre los niños y llegó hasta la piedra. Entonces, ésta comenzó a cambiar de color. Abandonó el verde oscuro para hacerse tan claro y brillante como si el sol estuviera dentro de ella. María, asustada, la dejó caer al suelo, aunque no pudo evitar que los rayos solares siguieran iluminándola.

Una intensa luz lo rodeó todo. Su fuerza crecía sin cesar. Los cinco se quedaron paralizados. En apenas unos segundos, el blanco luminoso penetró de tal manera en sus ojos que perdieron el conocimiento. La luz de la piedra verde los había hecho sucumbir.

